

vimiento es causa del calor. Esto es lo que enseñan Ribot, Quatrefages y Pasteur. Cada nuevo avance de las ciencias físicas y naturales, es una nueva gema en la corona imperial del rey de los filósofos.

Para dar vida perpetua a su labor, Mercier resucitó, impregnándola de espíritu católico, la gloriosa universidad de Lovaina, y, para que su obra no pereciera con él, dejó una falange entera de discípulos, dignos de su maestro y que serán los continuadores del neotomismo.

R. M. CARRASQUILLA

---

## CONFERENCIA ESCOLAR

---

### LA INTELIGENCIA Y LA VERDAD

La obra del colegio, hijos míos, consiste en hacer hombres. Cuando os traen vuestros padres al principio el curso de cada año, nos lo piden expresamente. Pero en la humanidad hay muchas clases de hombres: hay quien no lo es sino a medias; otros a cuartas, y otros mucho menos. Eso es verdad físicamente hablando: ved por las calles cuántos pobres enfermos, contrahechos, lisiados, *desgraciados* decimos nosotros, y no decimos mal. Son seres defectuosos: compadeced su desgracia. Pero muchos hay que lo son también moral e intelectualmente. Hay espíritus defectuosos, corazones defectuosos, caracteres defectuosos, conciencias defectuosas. ¡Cuántos ciegos, cojos y paralíticos en el mundo moral!

No queremos, hijos míos, entre nosotros hombres defectuosos, ni hombres a medias. Al contrario, queremos hacer de vosotros hombres más hombres que los

demás, *humaniores*. Es el hombre que Dios quiere, y ved por qué, siempre que vuestros profesores y yo nos reunimos para ocuparnos en vosotros, nos acordamos, para inspirarnos respeto a nuestro ministerio, del gran consejo de la Santísima Trinidad antes de la creación de nuestro primer padre: «Hagamos el hombre a nuestra imagen y semejanza.» Dios: ved ahí nuestro prototipo; la semejanza divina: ved ahí nuestro programa. ¡Grande e importante es por cierto, hijos míos!

¿Qué es el hombre? Me acuerdo de un gran maestro que nos decía, siendo yo niño: «Mirad y fijáos bien; el hombre se mide desde aquí hasta aquí,» y, al decir esto, señalaba con toda gravedad la frente y el corazón. Razón tenía: el hombre es, antes que todo, inteligencia y corazón.

Hablemos primero hoy de la inteligencia, y mostremos con dos pensamientos cómo se forma la inteligencia con la educación, y después qué empleo debéis dar a vuestra inteligencia, poniéndola al servicio de la verdad, y nada más que de la verdad.

Hay en el evangelio una pregunta del Señor que me ha producido siempre fuerte impresión: «¿Quién de vosotros, discurrendo, puede añadir un codo a su estatura?» Todos, Señor; he tenido tentación de decirle. Y si con el trabajo de nuestro pensamiento, *cogitans*, nada podemos añadir a la estatura de nuestro cuerpo, ¿no podemos añadir algo a la estatura de nuestra alma, mediante vuestra gracia?

Tal es en efecto, hijos míos, el beneficio de nuestros cursos de estudios, que, aplicados sucesiva o simultáneamente a vuestras facultades, las eleva poco a poco a esa regia estatura. Es verdad que se necesitan

muchos años para que, asimilándoselo vuestra propia substancia, llegue ese alimento intelectual a proporcionaros ese viril crecimiento. Pero no se ha desarrollado en un día vuestro cuerpo. Es cierto que no podéis retener todo lo que aprendéis en las clases, pero asimilándoos todo lo que retenéis, váis adquiriendo el jugo de una vida intelectual que hace subir más y más vuestra alma, y constituye por fin su temperamento propio y su forma especial. Voy a pintaros esa formación constitutiva del hombre. A ello contribuye cada una de las ramas de vuestros estudios, como váis a ver.

Aprendéis gramática, humanidades, poesía, elocuencia. Ya sabéis regularmente francés, algo de latín y un poco de griego. ¡Qué gusto tengo en oíros recitar y declamar en vuestros conciertos y fiestas literarias esos fragmentos de nuestras literaturas clásicas, que, por cierto, nada pierden al pasar por vuestros labios enardecidos! Mas ¿quiere decir esto que quedarán fijos e imborrables en vuestro espíritu toda esa prosa, todos esos versos y todas esas reglas? ¿Servirá, me preguntáis, para hermohear y esmaltar nuestras conversaciones, y, como dómines de pueblo, descargaremos todo ese bagaje clásico en citas felices o desdichadas? Os considero, hijos míos, con más gusto y con mayor distinción. El más sobresaliente escolar, acabados los estudios, olvida, por desgracia, mucho de lo que ha aprendido de Cicerón y de Virgilio, de Demóstenes y de Homero, de Bossuet y de Racine. Mas algo de esos grandes maestros le habrá quedado en la medida de su corta o grande inteligencia, y en la medida de su trabajo y de sus disposiciones. No habrá recogido ni tomillo ni mejorana, como dice Montaigne, hablando de la abeja que chupa una flor tras otra, sino miel formada por los diferentes jugos que ha chupado en todos los campos de la lite-

ratura. De esos mil tratados dispersos se habrá formado a la larga ese hombre su fisonomía intelectual propia. No diré yo que será elocuente como sus maestros, poeta y artista como ellos, ni menos más que ellos; pero al menos sabrá como ellos, pensar, hablar, escribir correcta y aun elegantemente. Habrá ganado en discreción, en delicadeza, en fuerza y en gracia. Será un literato, un hombre instruido: y habrá añadido la altura de un codo a su talla intelectual.

Estudiáis la historia. La estudiáis bien; y lo digo, me maravilla veros en los exámenes pasar revista a los ejércitos de todos los siglos, sin que falte un solo año, leyendo en la frente de cada uno su nombre, su número y sus servicios. ¿Qué? me preguntáis, ¿tendré necesidad de saber tanto? ¿He de guardar en la memoria esos nombres, esos hechos y esas fechas? Y pasados los exámenes, ¿qué me quedará definitivamente de toda esa barahunda recogida durante ocho años por las playas de la historia? Poca cosa, me parece; me consuelo, sin embargo, si en ese frondoso bosque sólo caen de vuestra memoria los palos secos, y tenéis cuidado de guardar las ramas que llevan el fruto de la vida. Pero aquí el fruto de vida es el de la observación y de la experiencia. Se ha dicho que la historia es la antorcha encendida de lo pasado que ilumina lo presente y lo porvenir. Si habéis encendido esa antorcha; si, mediante vuestros estudios, véis más claro en el fondo del alma de la humanidad; si habéis pesado en fiel balanza el valor de los hombres; si habéis conocido qué es lo que hace grandes los pueblos, así como las causas de su progreso y de su decadencia; si sobre todo habéis sabido ver, tras los hombres que se agitan, la mano de Dios que los conduce; y si de toda esa amalgama de hechos, confusos en apariencia, habéis sabido sacar una ley general, suprema, escrita en los cielos, y si de ese

viaje a través de las edades habéis podido volver con más grandeza de espíritu, con más anchura de corazón, más desasidos de las cosas que pasan, y más libres de las opiniones de tal pueblo y de tal lugar; entonces no diré que sois grandes historiadores y eruditos profundos, que os maravillaría sin duda; diré que sois hombres, y que habéis añadido a vuestra talla la altura de un codo.

¿Y qué no añade la filosofía, por la cultura de la razón, a la rectitud, a la profundidad y a la extensión del espíritu? ¿Qué claridad no difunde sobre el conjunto de los conocimientos humanos? No hablo sólo de la filosofía como ciencia particular que tiene su objeto propio, y que es el estudio racional de Dios, del alma y de sus leyes; hablo más bien y principalmente de la filosofía, como ciencia general que abarca todas las ciencias y las ordena en armoniosa síntesis. Las humanidades os han enseñado a escribir, la retórica a hablar, la filosofía debe enseñaros a pensar. ¡Ah! os olvidaréis, quizá, de todas esas reglas del pensamiento formuladas en los tratados de lógica. Todo eso es el molde, y no importa que desaparezca el molde, si queda la huella. Pero la huella que dejan los estudios filosóficos es la precisión del espíritu, el discernimiento del sofisma, el hábito y la necesidad de tener buenas pruebas para formarse convicciones sólidas. Hay más todavía: es el espíritu de método y de generalización, es la posesión de las bases de la certidumbre humana, es el razonado conocimiento de las verdades primeras sobre las cuestiones más graves de este mundo y del otro, y otras cosas más que sobreviven a las demostraciones que las han apoyado, y otras cosas más que hacen que se distinga de los otros el hombre que está en posesión de una sana filosofía. Los pasa del hombro arriba como Saúl, cuando fue escogido por rey de su nación. También di-

remos de esa filosofía, comprendida así, que ha añadido a vuestra talla moral la altura de un codo.

¿Qué os diré del estudio de las ciencias? Es el complemento del hombre. Pero quien dice complemento, dice, no los cimientos, sino el coronamiento del edificio. Bien saben esto los verdaderos sabios. He leído en la vida del ilustre M. Agustín Cauchy que los amigos de su padre, Laplace, Lagrange, Lapeyre, viendo en aquel niño de once años las disposiciones que revelaba para la geometría, acostumbraban decirle: «No le permitas tocar un libro de matemáticas hasta la edad de diez y siete años.» Lagrange le decía más: «Si no te apresuras a dar a Agustín una buena educación literaria, su gusto le traerá malas consecuencias; llegará un día en que será gran matemático, pero no sabrá escribir ni en su lengua.» M. Cauchy siguió estos consejos que podía apoyar muy bien Lagrange con su experiencia y con su ejemplo, y le fue bien.

Las ciencias, sean matemáticas, sean físicas, sean naturales, colocadas en su lugar, que es siempre el más elevado, son el complemento del desarrollo intelectual del hombre. No quiere esto decir, sin embargo, que nuestros geómetras, nuestros naturalistas, nuestros físicos y nuestros químicos recuerden toda su vida lo que en las clases que han seguido para el bachillerato han aprendido en los teoremas, en el microscopio, en los aparatos y en las retortas. Otro es el verdadero aprovechamiento intelectual. Los hombres científicos, aun cuando hablen de cosas extrañas, se distinguen en el lenguaje por esa ternura en la expresión, por esa claridad en la exposición, por esa propiedad en los términos, por esa precisión en el estilo, por ese espíritu de orden y por esa sobriedad en el lenguaje, que denuncian al hombre habituado a operaciones intelectuales en cosas exactas. Por eso se dice que la ciencia corrige al retórico y com-

pleta al filósofo. Otro y no menor es el beneficio que hacen a la cultura intelectual las ciencias naturales. El investigador de los secretos de la naturaleza siente enriquecido su espíritu con esa penetración de observación y con esa delicadeza de análisis que manifestará instintivamente en todas sus conversaciones. Al mismo tiempo toma de ahí el lenguaje toda la verdad y toda la fidelidad en las descripciones, que constituyen la poesía de la ciencia y la única poesía de lo porvenir. Leed los libros de los sabios, si saben esos sabios manejar la pluma, como Buffon, de Humboldt y Arango. Y si esos hombres que por la ciencia están en posesión de los secretos de la naturaleza, poseen también por la fe los misterios de la gracia; si se llaman Kepler, Cuvier, Ampère, Cauchy, Leverrier, ¡qué hombres tan completos! ¡Qué horizontes sin fin se abren a sus inteligencias! ¡Cómo contemplan y con cuánta luz revelan la obra de Dios! Están en contacto con dos mundos: tienen los pies en la tierra y la cabeza en los cielos.

Ved la educación intelectual del hombre en los cursos clásicos, tal cual la ha revelado la sabiduría de los siglos. Ved la escala moral que hay que subir; ved la estatura moral a que hay que alcanzar más o menos, so pena de no llegar al fin. Ved los grados porque se eleva la inteligencia a ese supremo trono, más elevado que todos los demás, y más sólido que otro alguno, y sobre el cual impera como reina de lo presente y como reina de lo porvenir.

Siendo así comprendéis, hijos míos, que la gran cuestión planteada y que atañe tanto a vosotros como a nosotros, no es si en definitiva habéis de ser o no bachilleres, sino si, concluidos vuestros estudios, habéis de ser los hombres de sentido de que he hablado. Que rindáis brillantes exámenes, de ello me felicitaré, hijos míos, y sabéis cuánto lo deseo. Bien conocéis cuánto

ponemos de nuestra parte, y gracias a Dios, gracias también a vuestros excelentes maestros, obtenéis ordinariamente resultados superiores a los demás en proporción muy halagadora. Pero quisiera que esa preocupación, por demás utilitaria, no sirviese de obstrucción a los buenos estudios, dejándoles dormir como lisiados en la cama de Procusto. Acepto el programa del bachillerato, ¡ah! porque no puedo hacer otra cosa. Pero desearía que, franqueando el recinto de esa fortaleza, pudieran hacerse excursiones por el campo de la literatura en algunos cursos, para que el espíritu se emancipase algo de esa opresión legal. Quisiera que al menos, aun dentro de esos límites, si no puede hacerse de otro modo, se diese un lugarcito para el estudio y para la admiración de las obras clásicas completas, y que se poseerían tanto más, cuanto fueran más gustadas y mejor conocidas. Quisiera, en fin, que el examen oficial final no fuera sino el resultado de los buenos estudios clásicos, sin otra preparación que los mismos estudios, como fruto que se toma en la estación propia, madurado por el calor del sol de nuestra infancia y de nuestra juventud entera.

Felices tiempos, hijos míos, en que la juventud estudiosa no estaba amarrada con esa cadena y en que con desahogo podía en las clases desplegar sus alas el amor a la belleza. Tengo especial gusto en traer aquellos recuerdos, como hacen todos aquellos que han vivido más que lo que les queda por vivir. Me traslado a los principios de mi carrera de profesor, hace cuarenta años, y paréceme hallarme en medio de mis discípulos de humanidades y de retórica. ¡Qué vida! ¡Qué ardor! ¡Qué entusiasmo para todo lo que tocaba al espíritu! Espontáneamente venían a ofrecerse para recitar en mi presencia, unos, cantos enteros de Homero y de Virgilio, otros, tragedias de Corneille y de Racine, sin

más utilidad que la que se tiene enriqueciéndose con cosas bellas, sin más estímulo que la felicidad de gozar con aquello, o quizá de hacer gozar a aquellos a quienes se ama. Paréceme verles emprender valerosamente vastos trabajos, sobre los grandes escritores, los grandes hombres y los grandes siglos, y, sin mirar el riesgo, lanzarse a esos océanos del pensamiento con la feliz temeridad de una edad que de nada se asusta, porque en ninguna cosa ha conocido dificultades. Aun creo ver brotar y florecer en nuestras sesiones literarias y en nuestras fiestas de colegio aquella exuberante vegetación de prosa y de verso, en la cual no encontraba dificultades sino para elegir y formar los encantadores ramos de primavera que ofrecíamos al público. Oigo todavía aquellos discursos, aquellos oradores del púlpito, de la tribuna y del foro, preludiando en aquellas verdaderas audiencias los grandes triunfos que a la palabra de muchos de ellos reservaba lo porvenir. Y creo asistir también a aquellas solemnes representaciones de las más conmovedoras tragedias de Sófocles en su lengua original, y en toda su nativa belleza, presididas por un ilustre y elocuente obispo, rodeado de la flor de aquella literata ciudad y asistido de la comisión de la Academia francesa. Cierta que ardía el fuego sagrado en aquellos jóvenes corazones que supieron también transmitirlo a otros en el mismo lugar en que guardanse todavía su llama y su esplendor. Y cuando con la imaginación encierro todo eso en un cuadro, a la sombra de una capilla donde Dios me unió así con los más estrechos lazos, en una ladera cubierta de árboles umbrosos, en la orilla de un caudaloso río, descubriendo extensas y espléndidas perspectivas con una villa que parece salir de las aguas, allá en lontananza, y con horizontes bañados de luz vivísima, hallo todo un mundo de poesía, lo mismo que de amistad y de piedad, y

jamás me consolaría de haber salido de allí, si en lugar de mis hijos, de mis fieles hijos de entonces, no os tuviera a vosotros, mis queridos hijos de hoy.

## II

No es la inteligencia, hijos míos, la que hace al hombre, sino el empleo que hace el hombre de la inteligencia. Ha habido y hay por ese mundo miles y miles de hombres que son muy inteligentes y que no son menos miserables. Había en el pasado siglo, en el colegio de San Luis, un alumno de los jesuitas dotado de privilegiada inteligencia, la más privilegiada del colegio; pero ya entonces aquella inteligencia estaba al servicio de Satanás. Uno de sus maestros predijo que debía de ser «el porta-estandarte de la irreligión en la Francia»; y la nota que de él quedó en el archivo del colegio, y que hemos encontrado, fue ésta: *Puer ingeniosus, sed insignis nebulo*: niño inteligente, pero mal bicho. Aquel bicho de inteligencia fue más tarde el infame Voltaire: no hay más que decir. Y si deseáis saber cuál es el uso que aquel hombre malvado hizo de su inteligencia, os lo diré en pocas palabras: «mintamos, mintamos; mintamos: siempre quedará algo.»

Hoy, como entonces, la inteligencia humana está al servicio de la mentira, y de todo lo que engendra la mentira, la mala fe, el fraude, la doblez y la ruindad. No podría decir si jamás ha obtenido la mentira más grande fuerza de propagación, de organización, de administración; es la potencia dominante hoy, y afirmo con espanto que crece más de día en día su imperio. Mas, reine cuanto quiera y como quiera en las inteligencias de este siglo, sobre nosotros no reinará. En ese universal imperio formaremos un Estado libre que jamás rendirá homenaje a sus leyes. Y si nos llega a faltar rey, no queremos más rey que el que ha dicho: *Ego*

*sum veritas*: «Yo soy la verdad»; porque además nos ha dicho que por la verdad llegaremos a la libertad: *Et veritas liberabit nos*.

Debemos decir la verdad. Se ha dicho que el verdadero orador es «el que no se sirve de la palabra sino para el pensamiento, ni del pensamiento sino para la verdad y para la virtud.» Es la misma definición del hombre de bien. Ved el empleo que debéis hacer de la inteligencia, y este deber lo tenéis con respecto a Dios, a la sociedad y a vosotros mismos.

La mentira es en primer lugar un ultraje hecho a Dios. Dios, en el principio, *fecit hominem rectum*. La palabra fue el principal dón que debía distinguirlo de los demás animales. ¡Oh hombre! Tú hablarás, dijo el Señor. Yo tengo mi Verbo, y tú tendrás el tuyo, que será esplendor de tu pensamiento, y con el cual te comunicarás con los demás hombres, tus hermanos. Como yo, tú derramarás luz en tu derredor, esa luz envolverá al mundo llevada por tantos soles como haya almas vivientes. Pero ten cuidado: *Non falsum testimonium dices*. Mentir, llevar las tinieblas allá donde quiero yo que todo lo ilumine la luz, será la profanación de mi obra y un ultraje hecho al autor. ¡Ah! el hombre ha mentido. De ese instrumento de verdad ha hecho instrumento de error, y ha visto y ha escuchado a hombres que se han atrevido a pronunciar esa odiosa blasfemia: «El hombre no ha recibido la palabra sino para desfigurar su pensamiento.» ¿Os asombráis de que a este ultraje haya respondido Dios con estas maldiciones y con estas amenazas: *Abominabitur faciens mendacium. Perdes omnes, qui loquuntur mendacium. Qui loquitur mendacium, peribit*? ¿Os asombráis de que El vino al mundo a dar testimonio de la verdad, víctima de los hombres de la mentira, los haya enviado al demonio que es el padre de la mentira, siendo a él enteramente

iguales? ¿Os asombráis que desde su origen haya dicho de su Iglesia: «No entrará en ella ninguna cosa contaminada, ni ninguno que cometa abominación y mentira?» En efecto, ved a la puerta de la Iglesia del Cenáculo dos cadáveres tendidos a los pies del Príncipe de los Apóstoles. Son Safira y Ananías. ¿Qué han hecho? Han mentido: *mentitus es Spiritui Sancto*. Son los cadáveres de dos embusteros.

En segundo lugar, la mentira es la vergüenza del hombre. Es la deformación de su inteligencia, que por su falta se convierte en instrumento desafinado que sueña en falso. ¿Qué os dice en efecto? Os dice que tal cosa es la verdad, y vosotros decís que no lo es; o que es falsa, y afirmáis vosotros que es verdadera: la violentáis. ¿Cómo podéis hablar así? ¿No os avergonzáis? Sí, os avergonzasteis la primera y la segunda vez, y vuestra frente ha tomado venganza de la verdad contra vosotros. Pero ya no os avergonzáis más; y en nuestros días hay gentes, quizá aquí entre nosotros, que tienen frentes de bronce a donde no llega la vergüenza. ¡Qué desgracia, hijos míos! Se pasa pronto por encima de todo, se arrostra todo, y se llega hasta a abroquelarse con la vergüenza propia. ¡Pobre niño! Ha mentido para disimular su falta, y no ha hecho más que aumentar la gravedad; la falta agravada se convierte pronto en costumbre, y la costumbre en vicio. En adelante no dejará ya la máscara: es todo un cómico. Su palabra es su papel; su acción la farsa, y el mundo el teatro donde ejerce su arte. Llevará ese arte de fingir hasta el tribunal de la misericordia que es ante todo tribunal de verdad; pero, por más que haga, no seguirá mintiendo, llegará un día en que comparecerá ante otro tribunal, el supremo tribunal donde nadie engaña. Y cuando allá arriba haya Dios rasgado el velo, puesto en descubierto al desgraciado, se abochornará y se hundirá en la ver-

güenza, oyendo a la humanidad que, vengada por fin, repetirá a una voz: Ahí está el embustero.

Y tendrá para ello derecho, porque si la mentira es la vergüenza del hombre, y es al mismo tiempo ultraje a la grandeza de Dios, es también injusticia hecha a la sociedad. La sociedad tiene derecho a que le digáis la verdad: os hablo en serio, habladme en serio también; es contrato bilateral obligatorio, *do ut des*. Si me engaños, faltáis a ese pacto fundamental de toda sociedad; me priváis de mi derecho; me hacéis un robo. Por otra parte, ¿no véis que sin sinceridad no hay sociedad posible, y que va a llegar un día en que como sombras pasarán los hombres juntos a otros sin conocerse siquiera? En cuanto al embustero, desde el momento en que es como tal tildado, nadie cuenta ya con él. Ha faltado una vez a su palabra, me ha engañado una vez: no me engañará más. ¡Atrás! Es hombre muerto; no habléis más de él; miente.

Además, irá muy lejos en este camino de maldades. Son casi inseparables en la Escritura estas dos palabras *mendacium* e *iniquitas*; jamás van separadas en la vida. El que miente en el trato de la amistad, en el trato de la sociedad, mentirá en otro trato cualquiera. Mentirá en sus negocios, mentirá en sus contratos, mentirá en sus cuentas, mentirá en sus testimonios, mentirá con su firma, y mentirá con su pluma. Es un miserable; sus manos y sus pies llevan las ligaduras de la iniquidad; ya está en las tinieblas exteriores.

Ved ahí la mentira: es la injusticia, es la vergüenza, el horror del cielo y de la tierra; es una profanación, una deshonor, un latrocinio. El mundo que tanto dispensa, jamás dispensa al embustero. Nadie puede decir impunemente a otro: has mentido. Y nunca han derramado vuestros padres y vuestras madres más amargas lágrimas, que cuando, por primera vez, han visto que de vuestros labios salía una mentira.

¿Qué os pediré yo? ¿Qué exigiré de vuestra inteligencia? Que en lugar de ponerse al servicio de la

mentira, se ponga al servicio de la verdad y sólo de la verdad. Que toda vuestra vida viváis muy por encima de todo engaño, de todo fraude, de todo artificio de pensamiento y lenguaje, de escrito y de conducta, indigno de Dios, indigno de vuestro nombre de hombres honrados, de cristianos, y aun diré más, de franceses. Franco y francés son sinónimos, y la franqueza de ahí derivada, es y debe ser virtud nacional al mismo tiempo que cristiana.

Decid verdad en vuestros discursos: nada de verdad a medias, nada de verdad disimulada, nada de verdad disfrazada ni enmascarada, ningún artificio, ningún subterfugio, ninguna tergiversación, ninguna sorpresa, ninguna penumbra, ninguna luz a medias; sino la luz meridiana de la verdad siempre y en todo, palabra firme y segura sobre la cual pueda construirse como sobre granito.

Sed veraces en vuestra conducta, venga lo que viniere, y suceda lo que sucediere. Antes que el interés, la verdad; perderé aquí, pero ganará la verdad. Antes que la vanidad la verdad: con eso seré humillado, pero será glorificada la verdad. Antes que el gusto la verdad. Acorádos de la altiva palabra de Milton aplicada a una causa mejor: *Reginam veritatem regi Carole anteponendam arbitramur*.

No mintáis jamás con vuestras obras: no queráis aparecer lo que no sois; si fue recomendada a los hombres la prudencia de la serpiente, a vuestra edad no hay virtud más hermosa que la verdad. Huíd de la doblez: no tengáis dos caras para pensar, para decir y para obrar, según las personas, según los lugares y según las circunstancias. Preferid siempre y en todo la verdad a la utilidad, la rectitud a la delicadeza. Siempre seréis vosotros los gananciosos, porque debéis saber que, en moral como en geometría, los caminos más cor-

tos y más seguros son los rectos: *Per vias rectas*. Un cristiano de nuestros tiempos acostumbraba decir: «Todo se consigue en el mundo con la buena fe y con el buen humor.» Y decía perfectamente.

Sed, en fin, veraces en vuestros escritos; al terminar, acometo aquí la más grande empresa en servicio de la verdad: la de la publicidad por la palabra o por la pluma. Es la misión más sublime que puede tenerse en el mundo; y si queréis un modelo, os lo presentaré, sacándole de entre los jóvenes de vuestra edad; escuchad: es un joven cristiano de diez y siete a diez y ocho años, bien ilustre en verdad.

Era el 15 de febrero de 1831. El joven escribió desde Lyon a dos amigos suyos de París, estudiantes de derecho, que había tomado su partido, y había trazado su deber para toda su vida, e iba a comunicárselos. Después de la terrible sacudida que había hecho sufrir al mundo la violenta revolución de 1830, confía en que de aquel gran trastorno de la sociedad antigua saldrá una sociedad nueva, mejor, y espera que se dignará el Señor permitirle trabajar en aquella reconstrucción. Ha buscado primero la piedra angular, y ha reconocido que esa piedra es la fe, la religión. Feliz entonces, exclama: «Amigos míos, de gozo y de consuelo está llena mi alma, porque por todas partes me da a conocer el estudio aquel catolicismo que desde mis primeros días me enseñó mi cristiana madre, el catolicismo con todas sus grandezas y con todas sus delicias. He encontrado esa columna del templo cimentada en la ciencia, iluminada por los rayos de la sabiduría, de la gloria y de la belleza; la he encontrado, sí, y la abrazo con entusiasmo y con amor. Quedaré junto a ella, y desde allí extenderé el brazo mostrándola como faro de libertad a cuantos flotan sobre el mar de la vida.

«Feliz, si encuentro amigos que vengan a agruparse en mi derredor. Juntaríamos entonces nuestros esfuerzos, y juntos crearíamos una obra admirable; juntaríanse otros con nosotros, y quizá algún día la sociedad quedaría formada bajo esa sombra protectora. Lleno de juventud y de fuerza el catolicismo, se elevaría sobre el mundo, y se pondría a la cabeza de este siglo que renace, para conducirlo a la civilización, a la felicidad.

«Siéntome conmovido al hablaros, amigos míos, porque es grandiosa la obra, y soy joven; tengo confianza de que llegará el día en que, bien nutrido y bien fortalecido mi pensamiento, podrá aparecer dignamente expresado en un libro. Pero si he de escribir ese libro a los treinta y cinco años, creo que a los diez y ocho debo ya comenzar a recoger los materiales.

«Ahora burlaos de mi temeridad: no importa. Yo mismo me asombro de mi atrevimiento; pero ¿qué hacer? Cuando se apodera de la mente una idea que la trabaja durante dos años consecutivos, ¿quién es capaz de retenerla cautiva? Y cuando se escucha una voz que dice: *Haz esto, yo lo quiero*; ¿quién puede imponerle silencio?»

El joven servidor de la verdad que escribía esa carta en 1831, se llamaba Federico Ozanam. Obedeció a aquella voz y puso por obra el programa trazado a los diez y ocho años. El libro escrito antes de los treinta y cinco años, es su hermoso libro sobre el *Dante*, seguido de otros tan buenos como aquél, y que debéis leer vosotros. La obra con que soñaba entonces, y que fundó dos años después de esa carta, es la fundación de la Sociedad de San Vicente de Paúl.

MONSEÑOR BAUNARD